

Ulyses

Noticiario

ALGO SOBRE JOYCE

James Joyce, el gran novelista irlandés, renovador de la novela moderna, escribió con grandes dificultades. Era muy pobre y nunca aceptó colaborar en los periódicos, ni transigir con los editores sacrificando la integridad de sus libros. Una vez recibió en Dublin el anuncio de que lo habían contratado como profesor de inglés en Munich y viajó a dicha ciudad. Estaba recién casado y al llegar a Munich supo que el contrato no era efectivo. Se trataba de un simple y misterioso error.

Joyce tenía dos hijos pequeños, y para huir del bullicio que hacían en el cuarto donde habitaba, salía a caminar por las calles. «Ulises», su obra capital, la escribió en hojas de libreta que iba acumulando en los diversos bolsillos de su ropa.

«Ulises» es una obra de más de ochocientas páginas y es considerado un monumento de la novelística moderna, pues a través de este libro se renueva la prosa de Europa y de América. En «Ulises» recoge Joyce los pensamientos y emociones de un hombre que recorre Dublin durante veinticuatro horas. La técnica de la obra varía de capítulo en capítulo y cuando se penetra en ella se la recuerda para siempre. Hay una banal de genial lirismo; el monólogo de un intelectual frente a

una mujer inválida, reclinada ante él, en una playa y el sueño de una mujer madura y sola. Joyce posee la sensualidad inhibida del adolescente educado por los jesuitas y tal vez de ella provenga su inclinación a los procesos asociativos de ideas, con sacrificio de la coordinación del lenguaje. Pero es un gran poeta, un inmenso poeta que no se ha resignado al lirismo espontáneo, blando y sentimental, limítrofe, por lo general, con la amada y con el vaso de alcohol, sino que le ha dado a la poesía una resonancia filológica y de profunda filosofía.

Uno de los pasajes más humorísticos de «Ulises» describe la condena de un reo inglés, por jueces de Albión, a la horca. Es un derroche de gracia y sorpresivo humor, encajados en formas volubles, en caminos verbales cuyos términos nunca puede sospecharlos el más hábil lector.

Mientras escribía «Ulises» o discutía con los editores de Inglaterra la publicación de «Dublineses», manteniendo su oposición a que se recortara un pasaje considerado inmoral, Joyce debió luchar como el más sombriío de los héroes. Sufría de una miopía espantosa y como no podía comprar ropa y sus pantalones estaban rotos, usaba una larga chaqueta para ocultar los múltiples parches. A veces se acostaba a dormir con la intención de ahuyentar el hambre. Todos sabemos que la inmovilidad y el sueño son buenos gendarmes contra la hambruna. Luego se desencadenó la guerra del año 1914 y como el artista no se inclinaba a ningún bando estuvo en peligro de ser perseguido por el nacionalismo y el «chauvinisme» histórico. Pero después vino el reconocimiento y la fama. Esas satisfacciones que no alcanzaron a morigerar el espíritu de Cervantes que escribió el Quijote en la cárcel, donde todo ruido tenía su asiento y murió reconocido como artista de genio; pero doblegado por la pobreza.

Sin embargo, es útil recordar el ejemplo de Joyce, ahora en que para escribir se exigen condiciones especiales o se pretende justificar la vacuidad del espíritu, con las urgencias co-

tidianas que, en mayor o menor grado, afligen a todos los hombres.

LA MISERIA DEL HOMBRE

Nada sabemos de Gonzalo Rojas, el autor de este libro de poesía que lleva el título del epígrafe. Apenas nos informamos en su portada que mereció el premio otorgado por la Sociedad de Escritores para los poetas inéditos. Sin mayor noticia, innecesaria para aquilatar poesía, pero indispensable para esbozar una glosa informativa, no queda otro camino que lanzarse, con entereza, a la lectura de la obra. No resulta, por cierto, un viaje perdido. Gonzalo Rojas, algo seco en su forma poemática, salpicado de prosaísmos de uso corriente, distante de ese temblor sugerente que proviene de la retórica hispana, en su grado más favorable, es un poeta de verdad, un hondo y desenfadado poeta. Su formación, seguramente, de origen francés, nutrida más de traducciones que de originales, le permite esbozar una fábula poética que, conteniendo el ritmo narrativo nerudiano, es original, buena hija de Baudelaire y de Lautremont, el padre inimitable de Maldoror.

Sin embargo, parece que en el francés hubiera una posición deliberada de tipo literario, nacida en el deseo de profanar la vieja moral que en Gonzalo Rojas surge como una necesidad de su época, más dramática y tortuosa, mecida por dos guerras y frente al fantasma de una tercera más total y absoluta que la segunda. Quizá si por estas causas, por su falta de españolismo y por el hálito trágico que conmueve la mayoría de los poemas, Rojas no se detiene en el arabesco de la forma, ni nos produce esa transparencia grata, análoga a las briznas de lluvia que oscilan después de la tempestad. El nos descubre la tempestad misma, oscura, tenebrosa, abismante. Todos sus cantos llevan el mismo acento y se inclinan, en forma peligrosa, a la truculencia altisonante, a ese naturalismo lírico que puede ser